

No a todas las chicas

JENNIFER DUGAN

Traducción de Tatiana Marco Marín



1

RUBY



Hay cierto arte en la extracción. En primer lugar, tomo el brazo de Tyler que, pesado, reposa sobre mi estómago y paso los dedos por debajo. Se lo levanto un poco y me muevo centímetro a centímetro hacia el lado derecho de la cama. Cuando ya casi soy libre, agarro uno de sus almohadones, que he dejado caliente de tanto darle vueltas a la cabeza, y se lo coloco debajo del brazo. Si tengo suerte, resoplará con suavidad bajo la luz de la luna que se cuelga en su desordenado dormitorio, abrazará el almohadón y seguirá durmiendo. Si no tengo suerte, se despertará y me preguntará dónde voy: «Ruby, quédate», «Ruby, por favor», «Ruby, no vas a morirte si nos abrazamos». No tengo fuerzas para eso.

El cabello despeinado le cae sobre la cara y sonrío en sueños mientras abraza un poco más fuerte a mi sustituto, el almohadón. Esta noche he tenido suerte en todos los sentidos de la palabra. Agarro mis botas, que son restos de uno de los diez

millones de concursos de belleza con temática del oeste a los que me he presentado con una sonrisa a lo largo de los años, y me escabullo descalza por la puerta principal con cuidado de que la mosquitera no se golpee y despierte a sus padres.

La luz del sensor de movimiento se enciende con un chasquido mientras meto los pies en las botas. Después, me dirijo hacia mi coche, mi alma, mi salvavidas: mi Ford Torino azul celeste de 1970. Sí, es viejísimo, pero es la única cosa en este mundo que es mía de verdad. Fui yo la que lo compró por trescientos pavos, oxidado y podrido, de entre las pertenencias de mi difunta tía abuela Maeve. Fui yo la que, meticulosamente, lo recompuso a base de rebuscar piezas de repuesto en chatarrerías y mercadillos. Fui yo la que lo restauró y lo dejó en su estado de esplendor actual. Yo. Lo hice yo solita.

Bueno, tal vez me ayudase un poco Billy Jackson, el mecánico menos deshonesto del pueblo, pero, aun así...

Entro en el coche, lo pongo en punto muerto, quito el freno de mano y dejo que retroceda por la larga cuesta del camino de acceso a casa de Tyler hasta llegar a la calle donde, al fin, enciendo el motor. Se pone en marcha con un ruido sordo que se parece más a un rugido que a un ronroneo. Resisto la necesidad de acelerar el motor (Dios, me encanta ese sonido) y me dirijo a casa. Me siento desatada y sin huesos, relajada y feliz, contenta de esa manera en la que uno solo puede estarlo durante ese diminuto resquicio de libertad entre las tareas y las obligaciones.

No es que Tyler sea una obligación. O una tarea, ya que estamos. Es bastante majo y el tiempo que pasamos juntos es consensuado y resulta divertido. Es probable que, en otro uni-

verso, estuviéramos saliendo juntos. Sin embargo, vivimos en este y, en este universo, me gustan solo dos cosas: dormir y mi coche.

Tyler es una forma fantástica de liberar el estrés, un picor que arrascar, un momento agradable en el que ambos disfrutamos. Nada más. Tenemos un acuerdo, una relación de amigos con derecho a roce o algo así. Sin ataduras. Si me llamara mañana y me dijera que quiere pedirle una cita a una chica, le diría: «Ve a por ella, siempre y cuando no sea yo», y lo diría en serio. Espero que él contestara lo mismo. Ese es el motivo por el que estoy volviendo a casa desde la suya dos horas después de haber recibido un mensaje que decía: «Mañana tengo un partido importante. ¿Estás disponible?».

Cálmate, corazón mío.

Pero, hace un par de semanas, yo le mandé el siguiente mensaje: «Concurso de belleza por la mañana, ¿vienes a distraerme?», y él estaba trepando por mi ventana apenas unos minutos después.

¿Veis? No es algo que suceda de continuo. Más bien, ocurre cuando lo necesitamos. Algunas personas se colocan, mientras que Tyler y yo disfrutamos de veinte minutos de sexo consensuado y seguro (gente, usad siempre condón) y la consiguiente conversación incómoda sobre cómo el hecho de que me marche justo después le hace sentirse raro. Por eso me escapo cuando se queda dormido. Es el trato ideal, al menos por mi parte.

Aparco en el camino de tierra que hay frente a mi casa móvil. Para algunos, puede que no parezca gran cosa, pero es nuestra y es mi hogar. Estamos solas mi madre y yo. Bueno, la mayor parte del tiempo; durante los mejores momentos.

Sin embargo, las luces de la cocina están encendidas y en el salón parpadea la luz de la televisión. El corazón me da un vuelco. Mi madre trabaja limpiando oficinas en el turno de noche y su coche no está, lo que significa que este no va a ser uno de esos «mejores momentos». Nada puede arruinarme el buen humor con más rapidez que tener que pasar el rato con su novio, Chuck Rathbone.

Él y mi madre llevan saliendo juntos de forma intermitente los últimos años y, por desgracia para mí, en los últimos tiempos han estado más juntos que separados. «Estamos empezando a ir más en serio», le oí decir a ella mientras se lo contaba a una de sus amigas. Por eso tiene privilegios sin restricciones de alojamiento que van de la mano del privilegio de comerse nuestra comida y malgastar nuestra electricidad a pesar de que no podemos permitirnosla.

Entiendo por qué Chuck no puede evitar ir detrás de mi madre, ya que posee ese tipo de belleza que ni los trabajos duros ni la mala suerte han podido estropear. Fue una reina de la belleza y aspirante a Miss Estados Unidos Adolescente hasta el mismo momento en el que aquella segunda rayita apareció en su test de embarazo hace dieciocho años. Lo siento, mamá.

Sin embargo, no termino de entender por qué mi madre siempre vuelve con él. Siendo objetivos, Chuck es lo peor.

Me marcharía a dormir a casa de mi mejor amiga, Everly, si no estuviera segura de que él ya ha oído mi coche. El motor es de todo menos silencioso y, normalmente, eso es algo que me gusta. Si me marcho ahora, seguro que se lo contará a mi madre y no necesito que intenten hacerme sentir culpable. En una escala que va de «necesita un cambio de aceite» a «el mo-

tor está gripado», ser maleducada con el novio de mi madre se sitúa más o menos en torno a «una junta de culata reventada»: no es un asunto fatal, pero, tal como ocurre con la mayoría de las cosas cuando se trata de mi madre, es caro y difícil de arreglar.

Apago el coche y escucho los sonidos del motor mientras se enfría con el aire primaveral. Las cortinas del salón se mueven. Sin duda, se trata de Chuck dando tumbos e intentando ver qué estoy haciendo y por qué no estoy dentro. Me estiro hacia el asiento trasero y agarro la bolsa de maquillaje escénico que mi madre me ha hecho recoger antes. Después, me bajo del vehículo.

La puerta cruje cuando la abro de un tirón. Ignoro el revestimiento que se desprende de la pared y paso por encima de una mancha especialmente sospechosa que hay en la moqueta. Cinco *jack russell terrier* llegan corriendo y ladrando por el pasillo. Son el tesoro de mi madre. Por favor, Dios mío, que no hayan entrado en mi habitación. Apenas están adiestrados y, cuando digo «apenas», en realidad, quiero decir que no están adiestrados en absoluto.

—¡Haz que se callen esos chuchos! —me grita Chuck desde la cocina mientras abre el frigorífico.

Como si tuviera algún tipo de control sobre ellos; como si alguien lo tuviera. A mi madre le gusta que sean un poco salvajes. Dice que, así, es más natural. Personalmente, preferiría que su «salvajismo» pudiera limitarse a las habitaciones con suelos vinílicos.

Me agacho y acaricio a todos los que puedo y todo lo rápido que puedo mientras los demás me asaltan. Me clavan las patitas

en los costados y las piernas mientras se pelean por llamar mi atención.

—Shhh. Shhhh. Shhhh —les susurro para intentar calmarlos tanto como es posible calmar a cinco *terrier* que nunca hacen ejercicio y que apenas ven el exterior de nuestra casa.

—Malditos perros —dice Chuck mientras se lleva dos latas de cerveza hasta el sillón reclinable que hay frente al televisor, que está a todo volumen. Las noticias de la Fox, como siempre. Se deja caer sobre el sillón y unas gotas de cerveza se le derraman en la camiseta negra desteñida que reza «No me pisotees». Tiene aspecto de no haberse afeitado en varios días y unas motas canosas le asoman entre la incipiente barba castaña—. Llegas tarde a casa.

—Sí, lo siento. He estado estudiando con una amiga —contesto.

Una vez que los perros deciden que olisquearse los unos a los otros es más entretenido que asaltarme a mí, me pongo de pie. Me pregunto si pueden oler al gato de Tyler.

Chuck arquea una ceja y los últimos mechones de pelo que le quedan en la cabeza se agitan de forma cómica.

—Puede que tu madre se crea esas mierdas, pero yo sé lo que hacen las chicas como tú por las noches, y no es estudiar.

—¿Qué sabrás tú? —replico. Odio que tenga razón, pero estoy decidida a no darle esa satisfacción.

—Sé que no te salen chupones por hacer los deberes de matemáticas. —Suelta una carcajada y vuelve la vista hacia la cabeza parlante que hay en la televisión.

«Mierda, Tyler, “nada de marcas” significa nada de marcas». Me llevo una mano al cuello mientras se me encienden las mejillas.

—Oye, oye, no pasa nada: no se lo contaré a tu mami. —Me quedo mirándolo, esperando a ver dónde está el truco—. Ven aquí, cielo —me dice, pero yo me quedo donde estoy, preparada para una huida rápida. Se inclina hacia delante con una mirada conspiradora—. Entonces, ¿qué es lo que has estado haciendo esta noche en realidad?

—¿A qué hora va a volver mamá a casa?

Cambio de tema con una sonrisa que deja demasiados dientes a la vista. Él frunce un poco el ceño.

—No lo sé. Me ha dicho que esta semana no hay mucho trabajo. Han perdido otro cliente.

—Entonces, ¿llegará en cualquier momento? —le pregunto, pero él vuelve a mirar la televisión—. Me voy a la cama. Buenas noches.

—¿Estás segura de que no quieres una? —me pregunta señalando la lata de cerveza que hay en la mesita junto a la suya.

¿Qué pensaba? ¿Que iba a emborracharme y pasar la noche con él viendo a unos cabrones conservadores soltando mentiras en la televisión? No, muchas gracias.

—Mañana tengo clase.

—¿De verdad eso te importa?

En la televisión que hay detrás de mí, el presentador no deja de hablar sin parar. Miro fijamente la pared y respiro hondo. No pienso picar.

—Esta mierda te va a pudrir el cerebro, Chuck —le digo mientras agarro el mando y apago el aparato.

No pienso dejar que me intimiden en mi propio hogar. No voy a aguantar mierda de ningún imbécil que se siente en el sillón reclinable que le compré a mi madre hace años con lo que gané en el concurso Pequeña Miss Sombrerito. No pienso tener miedo de los Chuck Rathbones del mundo.

—¡Vete a la mierda!

Se ríe, le da un trago a su cerveza y vuelve a encender el televisor.

Yo me marcho corriendo a mi habitación, cierro la puerta con pestillo y le rezo a cualquier dios que quiera escucharme: «Por favor, no permitas que este sea mi futuro».

2

MORGAN



—¿Lo llevas todo?

—¡Sí!

—¿Llevas dinero para la comida?

—Sí, llevo dinero para la comida.

—¿Los horarios de atletismo? Me dijeron que, la mayoría de los días, los entrenamientos duran al menos hasta las cinco y media.

—Sí. Y, después, iré corriendo o caminando hasta el piso.

—De acuerdo. Normalmente, estoy en la tienda hasta las seis y media, así que, si llegas a casa antes que yo, no te preocupes.

—¡Ay, Dios mío! No me preocupo. Puedo soportar estar sola en casa.

—Tan solo quiero que esto sea algo bueno para ti. Te lo mereces después de...

—¿Podemos no hablar de ese tema? Ya sabes, empezar de cero y todo eso...

—Vale. Bueno, ¿qué diría mamá?

—No lo sé... ¿«Te quiero»? ¿«Que tengas un buen día»?

Dylan sonrío con una mirada seria.

—Te quiero; que tengas un buen día.

—Madre mía, Dyl... En primer lugar, necesitas mejorar la imitación de mamá y, además, te estás tomando demasiado en serio todo ese asunto de actuar *in loco parentis*.

—Es solo que no quiero cagarla. Mamá y papá me matarán si te rompes, o te pierdo o lo que sea que les pase a los niños...

—Colega, tengo diecisiete años —gimo mientras me recojo la melena larga y castaña en una coleta.

El coche que está detrás de nosotros toca el claxon y alguien nos grita:

—¡Este carril es para dejar a la gente! ¡O bajas del coche u os ponéis en marcha!

—Ufff —dice Dylan mientras echa un vistazo por el retrovisor.

—Sí, el infierno no conoce furia igual a la de una madre de las afueras que llega tarde a tomarse un *latte* —digo—. Pero no te preocupes; no me va a pasar nada. Tienes que irte.

Le doy un abrazo rápido con un solo brazo y, después, salgo disparada del coche antes de que pueda detenerme.

Sin embargo, a pesar de lo que le he dicho, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Un grupo de estudiantes pasa a mi lado riendo, entre amigos y totalmente ajenos al hecho de que soy nueva. Me recoloco la mochila sobre los hombros, o, al

menos, lo intento. Ese es el momento exacto en el que me doy cuenta de que no la llevo. Mierda.

—¡Dyl! —exclamo.

Sin embargo, no puede oírme porque está al otro lado del aparcamiento con las ventanillas subidas, claro. Así que hago lo que mejor sé hacer: corro a toda velocidad. Vuelo por el aparcamiento, zigzagueando entre las hileras de coches, con la esperanza de interceptarlo mientras avanza con lentitud en medio del atasco que se ha formado frente a la entrada del instituto. Estoy a punto de llegar. Solo me queda una hilera más cuando un fuerte pitido y el chirrido de unos frenos hacen que me quede clavada en el sitio.

Y ahí, a unos centímetros de mi cadera, está el parachoques de un coche azul muy brillante. ¿En serio? Vuelvo a mirar en dirección al automóvil de mi hermano justo a tiempo para ver cómo arranca y desaparece por la carretera.

—¡Mierda! —Si no hubiera sido por este estúpido coche, lo habría conseguido y no estaría en medio del aparcamiento de un instituto nuevo sin mi horario, sin un cuaderno y sin tan siquiera un maldito lapicero—. ¿Qué problema tienes? —Me doy la vuelta y golpeo el capó con las manos—. ¡Mira por dónde vas!

Levanto la vista para lanzarle una mirada fulminante al machito gilipollas que sin duda conducirá este coche tan potente y me encuentro ante el par de ojos azules más brillantes que haya visto jamás y que enseguida se entrecierran para lanzarme una mirada asesina.

—¡Eres tú la que va corriendo por medio de un aparcamiento! —me dice ella. Se baja del coche y me aparta de un

empujón para inspeccionar el capó—. Si le has hecho el más mínimo rayón...

—¡Podrías haberme matado!

—En tal caso, ¡habría sido culpa tuya! —dice enderezándose hasta que casi estamos cara a cara—. ¿Se puede saber a dónde ibas? Por si no te has dado cuenta, el instituto está hacia el otro lado.

Ay, no. Ay. No. Es... Es... preciosa. Antes de que me dé cuenta, mi cerebro, que no es de mucha ayuda, está elaborando una lista de todas las cosas que no debería estar preguntándome. Como, por ejemplo: cómo se vería su mano bien bronceada entrelazada con la mía, que es más clara y de un tono melocotón; o si tiene marcas del bronceado bajo la sudadera gris entallada y los vaqueros obscenamente ajustados. Ay, Dios, soy una rarita.

Sería mucho más fácil seguir enfadada con ella si de verdad fuese algún gilipollas, pero esto supone una complicación que va a requerir reiniciarme como si fuera un teléfono móvil si quiero salir de esta sin avergonzarme a mí misma. Paso uno: cerrar la boca, que ahora mismo tengo abierta de par en par, como si estuviera presenciando un milagro. Paso dos: recobrar la compostura con rapidez.

La parte objetiva de mi cerebro reconoce que, técnicamente, esta chica sigue siendo odiosa, pero la parte no objetiva sigue queriendo saber cómo se llama, que me dé su número, saber si está soltera y qué le parecería salir con una estrella del atletismo que ha caído un poco en desgracia y que presenta reminiscencias femeninas.

—¿Hola? Te he hecho una pregunta.

Sacude las manos frente a mi cara y eso me resulta muy útil. Por favor, sigue actuando como una imbécil, chica del coche.

—Me he olvidado la mochila en el coche de mi hermano —contesto en cuanto mi cerebro vuelve a ponerse en marcha—. Estaba intentando alcanzarlo antes de que se marchara.

—¿Por qué no lo has llamado por teléfono?

Lanza una mirada intencionada al teléfono que asoma por uno de mis bolsillos. Sí, es una buena pregunta.

—Por instinto —digo—. Soy corredora. Corro. Es lo que hago.

—Sí, bueno, pues no corras por aquí. Esto es un aparcamiento. Para aparcar. Es para lo que sirve —replica ella, parodiando mi tono de voz.

—Era una emergencia.

La chica resopla y se recoge la melena, formada por unos mechones largos de un color rubio oscuro que parecen haber sido teñidos hasta la extenuación, en un moño despeinado en lo alto de la cabeza.

—Tienes suerte de que tus golpes no hayan dejado ningún rasguño en mi...

—No he golpeado tu coche; tan solo he apoyado con suavidad las manos sobre él en señal de frustración.

—Lo que tú digas. Bueno, la buena noticia es que tan solo te va a costar un paso por el túnel de lavado para quitar tus sucias huellas del capó.

Me dedica una sonrisa con cierta malicia que no debería hacer que el estómago me diera un vuelco pero que, sin duda, lo hace. ¿De verdad? ¿En serio? ¿Podría por una vez en la vida

no sentirme atraída por alguien que parece capaz de devorarme para la cena sin tan siquiera pestañear?

—No pienso pagarte para que laves el coche solo por haberlo tocado.

Se encoge de hombros y se dirige de nuevo hacia la puerta del vehículo, que todavía está abierta.

—Valía la pena intentarlo. De todos modos, le toca una limpieza.

En esta ocasión, cuando me quedo boquiabierta, es por irritación y no por asombro.

—¿Que valía la pena? ¿Estás...? ¡Casi me matas! Casi me matas y, aun así, ¿intentas timarme para que te pague el lavado que ya tenías pensado hacerle al coche? ¿Qué clase de monstruo eres?

—La clase de monstruo que no se ha olvidado la mochila y que no va a llegar tarde a la hora de tutoría —dice antes de meterse en el coche y echar marcha atrás.

—¡Imbécil! —le grito. Por si acaso, también le saco el dedo, pero ella se limita a poner los ojos en blanco y reírse.

Tengo la sensatez de esperar a que se pierda de vista para admitir la derrota y sacar mi teléfono. Dylan responde al primer tono y parece muy asustado. Una vez que le aseguro que estoy bien, que el mundo no se ha acabado y que nada irrevocablemente malo ha ocurrido en los cinco minutos o así que han pasado desde que me ha dejado (excepto por el hecho de que casi me atropella la chica más maleducada de Ciudad Grosera, cosa que no menciono), se calma lo suficiente como para prometerme que me traerá la mochila.

Encuentro un banco que está cerca de la pista de atletismo y que tiene buenas vistas del aparcamiento, así que me siento y espero. Mi plan de venir pronto para buscar las aulas se ha ido al garete. Hay unas cuantas chicas corriendo en la pista. Sin duda, pertenecen al equipo del instituto y me pregunto si están entrenando o si estas vueltas solo forman parte de un castigo. A mi antigua entrenadora en Saint Mary's le encantaba castigarnos así. Solía decirnos que llegar temprano era bueno para el alma, pero mi cuerpo discrepaba por completo.

Reconozco a una de las chicas cuando pasa corriendo: Allie Marcetti. Nos hemos enfrentado en un par de ocasiones y la conozco un poco. Es rápida, pero no tanto como yo y, desde luego, no durante tanto tiempo. Nadie lo es. Bueno, al menos por esta zona. De todos modos, me llegó un rumor de que, en su última temporada, iba a cambiarse a las carreras de velocidad.

Pasan delante de mí a toda velocidad con las coletas a juego volando tras ellas. Sacudo la pierna, deseando estar corriendo también. Estoy impaciente por que llegue el momento en el que sean mis pies los que golpeen la pista y yo la que se esfuerce hasta que le ardan los músculos, le dé un vuelco el estómago y... Me detengo y me recuerdo a mí misma que, técnicamente, todavía no soy miembro oficial del equipo. Al menos hasta que no se solucione el traspaso.

Si es que se soluciona... Aunque, gracias a mis clasificaciones pasadas, la entrenadora no tuvo reparos en darme permiso para que entrene con el equipo durante los últimos meses de instituto. Incluso firmé un acuerdo de intenciones anticipado para correr en la universidad de mis sueños. De todos modos,

por el momento, ese asunto está «en pausa» mientras «evalúan el incidente».

He pasado mucho tiempo convenciéndome a mí misma de que no pasa nada y de que nada de esto me duele; de que pasar de ser una estrella del atletismo a un escándalo en el instituto es un desarrollo de los acontecimientos muy normal para el que estoy preparada y que, además, había previsto. Sin embargo, cuando las chicas cruzan la línea de meta, aparto la vista e intento con todas mis fuerzas no pensar que esa debería ser yo en mi antiguo colegio y con mis antiguas amigas.

Mi madre no deja de decir que solo es cuestión de tiempo que me den permiso para competir de nuevo y que todo se arreglará con la universidad. Al parecer, el hecho de que te dejen elegir entre si quieres retirarte o que te expulsen formalmente de tu antiguo colegio (colegio al que tus padres están denunciando ahora mismo por muchos motivos que incluyen, pero no se limitan, a la discriminación y el acoso) hace que parezca menos probable la idea de que tu nuevo instituto va por ahí robando atletas de élite. Esperemos que la Asociación de Atletismo en Institutos esté de acuerdo cuando al fin se pronuncien sobre mi caso.

La entrenadora no robó a nadie. Ambas tuvimos la suerte de que mi hermano tenga un piso en un distrito escolar con un programa de atletismo decente en la misma liga y de que el instituto tuviera un puesto disponible para una corredora de fondo. Si dependiera de mí, seguiría compitiendo con mi antiguo equipo en Saint Mary's, pero no depende de mí.

Eso es lo que ocurre cuando pierdes los papeles ante una profesora que te dice que ser *queer* va contra el código de

conducta de tu estúpido colegio privado y que, después, decide hacer de tu vida un infierno por ello.

Al principio, cuando todo se fue al garete, intentamos lo de la educación desde casa. Ingenuamente, pensamos que podíamos eliminar sin más esa parte de mi vida y que todo lo demás siguiera como siempre. Pero entonces, la noticia llegó a los medios de comunicación locales y empecé a sentir que todo el mundo me miraba o algo así. Tal vez, al principio solo fuesen cosas mías, pero entonces mis amigas dejaron de llamarme y sus padres dejaron de escribirles mensajes a mis padres. Entonces, tuve que salir de allí.

No importa. Nada de regodearme en ello. Borrón y cuenta nueva. Una nueva yo, fuera del armario y orgullosa. Alzando la voz. ¡Qué divertido! Será mejor que el traspaso se solucione antes de que comiencen los campeonatos estatales o tendrán que atarme al banquillo para evitar que compita. No pienso perderme la última temporada de mi carrera como atleta de instituto, así que, que Dios me asista.

Suena la primera campana y todo el mundo se apresura a entrar. En segundos, el aparcamiento y los terrenos del centro se convierten en una ciudad fantasma. Yo me quedo sentada, esperando a Dylan. Ya llegó tarde a mi nueva vida.

3

RUBY



Me río cuando me echa la bronca porque... ¿Yo? ¿Yo soy la imbécil? Es ella la que iba corriendo entre hileras de coches aparcados como si fuera una ardilla colocada. Si alguien tiene la culpa en todo este asunto, es ella. Desde luego. ¿Y qué si he intentado timarla y sacar un lavado gratis de la situación? La tipa le ha puesto las manos encima a mi bebé; tiene suerte de que no se las haya cortado.

Aparco en un hueco bastante alejado en el que creo que no puede verme, pero desde el que más o menos puedo verla tanto a ella como a sus ojos marrones, grandes y muy furiosos. Ha habido un segundo en el que el sol se ha reflejado en un punto exacto y casi me han parecido ambarinos. En realidad, no es que esté interesada en sus ojos medio ambarinos, pero, sobre todo, marrones. Más bien, siento un poco de curiosidad. Es un instituto bastante pequeño y conozco a la mayoría de esta gente desde que era una cría. No recibimos alumnos nuevos muy a

menudo, y menos a estas alturas del curso. Así que, tiene que haber una historia detrás.

Un golpecito en la ventanilla lateral capta mi atención. Cuando me giro, veo a Everly, la única persona de este mundo que, aparte de mí, tiene permiso para tocar mi coche. Me está mirando raro. Abro la puerta y ella da un paso atrás mientras se pasa los dedos por el pelo enmarañado. Cuando pasa a nuestro lado con sus compañeros, uno de los chicos del equipo de *lacrosse* silba, le dedica una sonrisa a mi amiga y, para completar la escena, termina con un: «Qué bien os veo, señoritas».

Everly chasquea la lengua.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, Marcus.

Él se lleva la mano al corazón de forma dramática mientras camina hacia atrás. El resto del equipo se suma a un coro de «uffffs» y «uyyyyys».

A Everly le dicen estas cosas a menudo. Bueno, es difícil que no te las digan cuando eres la Amandla Stenberg de Harrington Falls, pero, aun así... Preferiría en cualquier momento un «qué bien os veo, señoritas» a lo que la gente me dice cuando ella no está presente. Supongo que es lo que ocurre cuando prácticamente todo el mundo piensa que eres una bomba de relojería barata; como si solo fuera cuestión de tiempo que empezara a tener críos y arruinar vidas o algo así.

Empujo hacia delante mi asiento y aparto unos tacones, mis zapatos de claqué y un par de porta trajes para poder recuperar mi mochila.

—Ya sabes que le gustas.

—Lo sé —contesta sonriendo.

—¿Pero?

—No hay peros. No me ha pedido que salga con él y no pienso pedírselo yo.

—Guau... —digo mientras empezamos a caminar hacia la entrada del edificio—. Vaya manera de hacer retroceder los derechos de la mujer unos diez mil millones de años. Si te gusta, deberías ir a por él.

—Y lo dice la chica que se escabulle con Tyler Portman cada vez que él le manda un mensaje para enrollarse.

—Oye. —Levanto un dedo—. No hay nada de malo en ser dueña de tu propia sexualidad. Yo le mando mensajes tan a menudo como él a mí. Además, es un acuerdo mutuo: ni amor ni sentimientos.

—Al chico le gustas.

—¡Claro que no!

—El chupón que llevas en el cuello no opina lo mismo.

Alzo la mano de golpe para tapármelo.

—¡Lo he tapado con maquillaje!

—Sí, bueno, no lo suficiente... —Se ríe—. Aunque hay que felicitar a Tyler... Es increíble que pueda verlo con todo el spray bronceador que llevas encima.

—Eso fue cosa de mi madre —replico mientras estiro los brazos y frunzo el ceño al darme cuenta de que tengo una pequeña mancha.

—Pues dile a tu madre que si hace que ese culo blanco tuyo acabe como si fuera el de una Kardashian, voy a dejar de hacerte fotos por principios. Al menos hasta que vuelvas a tener el color de piel que Dios te dio al nacer.

Resoplo. Ya ni siquiera recuerdo qué color es ese. Me han bronceado, pintado y teñido la piel, las uñas y el pelo desde

que era una niña pequeña. A veces (de continuo), desearía poder arrancármelo todo solo para ver quién soy debajo de todo ello.

—¿Crees que estoy bromeando? —Me lanza una sonrisa de medio lado—. Tal vez tu madre te deje en paz si tiene que empezar a pagar por todas esas fotos para Instagram.

Everly está obsesionada con la fotografía y eso se refleja en su trabajo. Es fantástica. Lleva los últimos años haciendo mis retratos y se encarga del contenido de la cuenta de Instagram que mi madre gestiona por mí. Cree que nos llevará a conseguir trabajos de modelo o algo así, pero, por el momento, tan solo ha conseguido que tenga los mensajes privados llenos de tipos que dan mal rollo. Pero, olvidémonos de los posados y de las publicaciones promocionadas. Everly es la reina de las fotografías espontáneas. Siempre lleva su Nikon colgada del cuello y toma una instantánea cuando menos te lo esperas. Todo su proyecto de último curso para la clase de Arte se basa en la idea de que las fotografías espontáneas pueden mostrarte quién es de verdad una persona cuando ha bajado la guardia.

Yo no sé de qué va todo eso, ya que nunca la bajo.

Me deshago el moño despeinado y me ahueco el pelo en torno a los hombros para cubrirme el cuello lo mejor posible.

—¿Mejor así?

Ella dirige la vista hacia el lugar en el que Tyler se ha unido a Marcus y al resto del equipo de *lacrosse*.

—Supongo que eso depende de a quién le preguntes.

—¡Por Dios, Everly! Un chupón es señal de una noche apasionada, no una declaración de amor eterno.

—Ajá... Y qué me dices cuando lo unes con todo eso de: «Por favor, Ruby, no me dejes... ¿Por qué no puedes quedarte toda la noche?», ¿eh?

Une las manos como si estuviera suplicando.

—Eso no va a ocurrir jamás.

Le doy un empujón, aunque me estoy riendo.

—¡Oh, oh! —exclama con un grito ahogado.

—¿Qué?

Miro a nuestro alrededor, intentando adivinar qué es lo que acaba de asustarla, pero lo único que veo remotamente fuera de lo normal es a la chica nueva, que está sentada sola en un banco, haciendo pucheros.

—Ah, nada. Son solo tus traumas paternos haciendo acto de presencia.

—Que te den —le digo, aunque no lo digo en serio. Si hay una persona en este mundo que puede llamarme la atención por mis mierdas de manera habitual (y, de hecho, lo hace), es Everly—. No son traumas paternos. Es solo que no quiero acabar atada a un idiota en el instituto y terminar como mi madre.

Abre la boca para decir algo más, pero no puedo oírla por encima del sonido de la campana que anuncia que será mejor que nos arrastremos a clase antes de que nos apunten como ausentes.

—Salvada por la campana —dice mi amiga.

Alcanzamos a Marcus y al resto de los chicos. Él le pasa un brazo por los hombros y le susurra al oído algo que la hace reír. Tyler está al otro lado observando. Se aparta un poco del grupo y ralentiza el paso para seguirme el ritmo. Para la mayoría, es un buen partido: mide uno ochenta, es todo músculo gracias

al *lacrosse*, tiene el pelo alborotado y un rostro amable que se ilumina cuando sonrío.

Siendo sincera, saldría corriendo y haría cualquier cosa para evitar esta incómoda rutina del día después, pero va conmigo a la primera clase.

—Has vuelto a marcharte —me dice cuando los demás no pueden oírnos.

—Me marchó siempre. —Todavía no entiendo por qué le sorprende tanto—. Además, me has dejado una marca —añado mientras me aparto el pelo lo suficiente como para que pueda verla. No me pasa desapercibido el atisbo de una sonrisa que se le escapa de los labios antes de volver a controlar sus facciones—. ¿Lo hiciste a propósito? —le pregunto lo bastante fuerte como para que Everly gire la cabeza para mirarme.

—Relájate; no es nada. Es solo que me emocioné más de la cuenta.

—Bueno, estaría bien que no te emocionaras más de la cuenta con mi cuerpo.

Se inclina hacia mí.

—¿No acabaría eso con todo el sentido de nuestro acuerdo? Le doy un empujón con el hombro.

—No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—Fue un accidente, Ruby —contesta con un tono de voz menos juguetón—. No me vas a hacer sentir como un imbécil solo porque vinieras a que te diera lo tuyo y yo cumpliera con mi parte.

—Por Dios, Tyler, no seas un gilipollas.

—No soy yo el que está siendo un gilipollas.

—¿Qué significa eso?

Dejo mi mochila sobre el pupitre. Supongo que esta va a ser la temática del día: primero, soy una imbécil y, ahora, una gilipollas. Estupendo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —me dice. Después, atraviesa el aula hasta su asiento.

Solo que no lo sé. De verdad que no. A menos que se refiera a lo de que me marche, pero no es posible.

Se me está formando un dolor de cabeza detrás de los ojos, así que miro por la ventana. Veo que la chica nueva se levanta del banco y se dirige hacia un Honda Civic ruinoso. Es gris y lleva algunas zonas oxidadas en el parachoques. Cuando se inclina para darle la mochila, capto un destello del conductor. Desde luego, no es su padre, ya que es demasiado joven, pero la forma en la que le alborota el pelo cuando coge la mochila significa que tampoco es su novio. Una parte diminuta de mí se relaja ante esa información e intento no pensar demasiado en qué significa.

Rebusco un lapicero en la mochila; cualquier cosa con tal de apartar la mirada de la chica que sigue fuera. Cuando el teléfono me vibra en el bolsillo, me siento agradecida. Al sacarlo, me encuentro con una docena de mensajes de mi madre en los que me recuerda que esta noche tengo clase de claqué a las seis y media, que me ponga los zapatos buenos, que sonría, que me asegure de extender el cheque a una fecha posterior, y... y... y... Siempre hay más instrucciones. A mi madre le gusta decir que «La única cosa mejor que ser una reina de la belleza es ser la madre de una», solo que a mí me resulta difícil de creer.

Sin embargo, hay cosas que no puedo decir en voz alta. Por ejemplo: que mi sueño ya no es su sueño y que, por mucho que

intente obligarme a mí misma, hace tiempo que no lo es; que desearía que ese cheque extendido fuera para pagar las facturas y la compra en lugar de para clases de claqué que odio y para bronceados de espray que no le van a servir de nada a nadie; o que llevo fingiendo mi sonrisa tanto tiempo que temo que ya no sé cómo es la de verdad.